

I

UNA EXPRESIÓN AFORTUNADA TRIBUTO A PAUL RICOEUR

¡Los MAESTROS de la sospecha (*les maitres du soupçon*)!: he aquí una expresión que ha hecho fortuna. En primer lugar hay que reconocer el mérito de su creador: el filósofo francés Paul Ricoeur (1913-2005). Bajo esta expresión se encuentran tres eminentes pensadores contemporáneos: Karl Marx (1818-1883), Friedrich Nietzsche (1844-1900) y Sigmund Freud (1856-1939). Tres figuras que, de una manera decisiva, han tenido influencia en la cultura contemporánea y sus diversas manifestaciones.

Hay pensadores que adquieren la categoría de acontecimiento porque tras ellos la tarea de pensar se ' transforma radicalmente. Abren una discontinuidad en la historia de las ideas de tal manera que es imposible pensar después de ellos sin tener en cuenta sus aportaciones. Hacer metafísica después de Immanuel Kant, por ejemplo, obliga a aceptar seriamente su crítica a toda posibilidad de dotar la metafísica de estatus científico. No es imposible construir metafísica después de la *Crítica de la razón pura* (1781), pero toda metafísica que desee ser calificada de intelectualmente sostenible se las ha de ver, para bien o para mal, con la obra de Kant.

Pensar la historia, Dios, el hombre o la libertad después de los maestros de la sospecha es un ejercicio muy sugerente. Marx, Nietzsche y Freud hacen tambalear los pilares de la civilización occidental, son los epicentros de un movimiento sísmico que transforma sustancialmente el orden de las cosas. Nada podrá ser pensado como antes. Ningún pensador que quiera ser fiel a las exigencias de la contemporaneidad podrá eludir estos grandes interlocutores: la exigencia intelectual obliga a afrontarlos, a repensarlos, a responder -con agudeza- a sus críticas. No corresponde la enmienda a la totalidad; tampoco se puede prescindir de sus obras. Nada de lo que ha ocurrido en el campo de las ideas durante el último siglo puede entenderse al margen de los maestros de la sospecha.

La primera vez que el prestigioso pensador francés utilizó esta expresión para referirse a la mencionada tríada fue en un artículo publicado en 1965: «El psicoanálisis y el movimiento de la cultura contemporánea». Posteriormente, retomó la misma expresión en su obra de 1969 *El conflicto de las interpretaciones*, que lleva como subtítulo *Ensayos de hermenéutica*. En el segundo capítulo de este libro, que tiene como encabezamiento «Marx, Nietzsche y Freud», Paul Ricoeur también utiliza la expresión para referirse a los tres filósofos. Desde entonces, esta expresión ha sido objeto de incontables interpretaciones y se ha utilizado mucho, tanto en el campo de la filosofía como en el de la teología. En ocasiones, se ha ampliado el círculo a otros pensadores contemporáneos que también han ejercido, con creces, la práctica de la sospecha.

Nos referirnos, por ejemplo, a autores como Ludwig Feuerbach (1804-1872), a

quien se lo podría considerar como el padre de los maestros de la sospecha, ya que buena parte de las críticas que articula la mencionada tríada ya están formuladas en su obra. El autor de *La esencia del cristianismo* (1841) nació el año que murió Kant, y su obra fue leída y estudiada especialmente por dos de los maestros de la sospecha: Marx y Nietzsche. A pesar de que los dos lo someten a una dura crítica, deben mucho a Feuerbach y a su visión materialista y sensualista del hombre y del mundo.

La sospecha teológica y la reducción de Dios a una pura construcción humana están filosóficamente articuladas en la obra de Feuerbach. Sus críticas a la religión cristiana, a su dogmatismo y a la moral que de ella se deriva también están formuladas en la obra de 1841, y tanto en el prólogo de la primera edición como en el de la segunda (1843), el autor es consciente de estar removiendo los fundamentos de la civilización occidental¹. Otros después de él han intentado hacer lo mismo, pero ninguno de ellos ha llegado a su excelencia ni a su calidad argumentativa.

Sin embargo, la expresión podría asimismo extenderse a otros maestros pensadores de los siglos XIX y XX que, por uno u otro motivo, hayan destacado en *la mise en scène* de la sospecha filosófica. Una rica constelación de filósofos contemporáneos han cuestionado los fundamentos de la visión tradicional del mundo, la cosmovisión occidental que se ha forjado en una interacción dialéctica entre el universo griego (Arenas) y el judeocristiano (Jerusalén).

En un sentido amplio, se podrían incluir dentro del mismo círculo a autores como Seren Kierkegaard, Max Stirner, Franz Kafka, o bien Michel Foucault y E. M. Cioran. Un lugar preferente entre los maestros de la sospecha lo debería ocupar la figura de Arthur Schopenhauer (1788-1860), no solamente por su opción decididamente atea, sino también por su crítica a la filosofía moderna de la historia y su visión esencialmente desencantada del hombre, la cual entra en colisión con el antropocentrismo esperanzado de la Modernidad. El mismo Thomas Mann dedica un ensayo a *Schopenhauer, Nietzsche y Freud*:² Michel Foucault, en cambio, se suma a la tesis de Ricœur y elabora un ensayo dedicado a *Nietzsche, Freud y Marx*.³

La expresión *maestros de la sospecha* se utiliza posteriormente en un sentido no exactamente idéntico al original; en ocasiones, se va mucho más allá de la idea de Paul Ricœur, En este breve ensayo intentamos analizar el núcleo de la sospecha de los tres pensadores y explorar cuál es la base de sus críticas y qué validez tienen para nuestro presente.

El más cercano a nosotros en el tiempo es Freud, que murió al comenzar la Segunda Guerra Mundial y que, justamente por esto, no tuvo que sufrir el penoso destino de su pueblo. A pesar de que Nietzsche falleció en el umbral del siglo xx (15 de

¹ Cf. Ludwig FEUERBACH, *La esencia del cristianismo*, Trotta, Madrid, 1998

² Thomas MANN, *Schopenhauer, Nietzsche y Freud*, Alianza, Madrid. 2004..

³ Michel FOUCAULT, *Nietzsche, Freud y Marx*, Anagrama, Barcelona, 1981.

octubre de 1900), culturalmente ha estado más vivo durante el siglo xx de lo que lo estuvo en el XIX. Karl Jaspers (1883-1969) afirma que los dos pensadores más influyentes del último siglo han sido Kierkegaard y Nietzsche⁴.

La obra de Nietzsche ha generado exploraciones hermenéuticas de signos muy distintos. Incluso se ha llegado a decir que es el padre de la posmodernidad, expresión ciertamente vacía de contenido, dado que aún no hay una noción clara de lo que esa representa. En cualquier caso, la influencia de Freud y de Nietzsche ha sido decisiva en el siglo xx.⁵ La escritora de ascendencia rusa Lou Andreas Salomé conoció y amó a ambos, y en sus escritos deja constancia de su genialidad. Temáticamente no están muy lejos. Son, en sentido metafórico, coetáneos nuestros, y sus dudas, interrogantes y sospechas no forman parte de un universo pretérito, sino que tienen plena validez en nuestra situación histórica.

Paul Ricoeur utiliza la expresión *maestros de la sospecha* para referirse especialmente a las sospechas que introducen Marx, Nietzsche y Freud en el terreno antropológico. Los tres alteran de manera significativa la visión moderna del hombre defendida por Descartes, Kant y Hegel. Llevan a cabo una crítica del sujeto, de la idea de hombre. Como consecuencia de su crítica, el hombre se convierte en un ser esencialmente problemático, un enigma para sí mismo que ya no tiene referentes sólidos para definirse ni para marcar su singularidad en el mundo.

Como dice Max Scheler en el prólogo de su obra *El puesto del hombre en el cosmos* (1928), la idea de hombre se ha convertido en algo problemático en el siglo xx debido a que las visiones tradicionales sobre las cuales se construía han sido puestas en cuestión. El hombre culto occidental tiene serias dificultades para encajar los tres ámbitos de influencia de su cultura: la esfera griega, la esfera judeocristiana y la visión moderna del hombre. Se encuentra en medio de un campo de batallas entre cosmovisiones distintas y, en algunos aspectos, enfrentadas las unas con las otras. David García Bacca lo ha expresado de otra manera y recuerda que el hombre ha pasado de ser un tema a ser un problema en el siglo xx. Esta transición no es una casualidad histórica, sino el resultado de una crítica radical a los antiguos planteamientos⁶.

Según Ricoeur, los maestros de la sospecha cuestionan los fundamentos de la tradición occidental y, en particular, los de la Modernidad filosófica representada clásicamente por el *cogito* cartesiano. Inauguramos, así, la contemporaneidad. No tan solo quiebran las convicciones de la Edad Media, sino que ponen en duda las pocas convicciones de la Modernidad. Si la Modernidad ya suponía una práctica de la sospecha respecto a las certidumbres medievales, la época contemporánea representa un paso más allá en la crítica, una crítica a la crítica, una hipercrítica; en definitiva, la

⁴ Cf. Karl JASPERS, *Origen y meta de la historia*, Altaya, Madrid, 1995

⁵ Coincidimos plenamente con las posiciones de Pedro Maza en «Nietzsche y el cristianismo», *Estudio Agustiniano*, núm. XXXVIII/2 (2003), p. 331.

⁶ Cf. David GARCÍA BACCA, *Antropología filosófica del siglo xx*, Anthropos, Barcelona, 1985.

culminación de la sospecha moderna iniciada en el *Discurso del método* de Descartes. Marx, Nietzsche y Freud muestran, cada uno dentro de su campo y según su propia metodología, que no hay un sujeto fundador: el sujeto no es constituyente de sí mismo, sino el resultado de fuerzas o de inercias que lo sobrepasan. El hombre deja de ser el amo del mundo, la moral, la historia o la racionalidad, para convertirse en una expresión de la historia o del inconsciente. La conciencia pierde su condición de ideal regulador al perder su soberanía sobre el mundo y sobre sí misma. Es la muerte de la autonomía moderna. Los tres llevan a cabo una disolución del antropocentrismo moderno, de la misma manera que la Modernidad había descompuesto el teocentrismo medieval.

En efecto, durante la época moderna, se parte de la idea de que el hombre tiene autonomía, que es un sujeto capaz de posicionarse frente al mundo y de actuar libremente, un ser con personalidad propia, dotado de una singularidad en el cosmos. Es, en pocas palabras, el forjador de la historia. Los maestros de la sospecha ponen en duda esta visión del hombre. Explican su naturaleza aduciendo otras razones, y esa pretendida autonomía del hombre se disuelve en la nada. El hombre ya no es el centro de la historia, sino el resultado puramente mecánico de la dialéctica de la materia. El hombre ya no es el soberano de su vida, sino una bestia impulsiva que ha sido reprimida por la cultura. El hombre ya no es la cima de la creación, la culminación de todas las entidades creadas, sino una transición (*ein Übergang*), una cuerda colgando sobre el abismo, un ser que ha de superarse y convertirse en superhombre (*Übermensch*).

Los maestros de la sospecha nos exigen reinterpretar al hombre, su relación con el mundo, el sentido de su existencia. Ponen entre paréntesis las formulaciones básicas de la antropología filosófica occidental. En consecuencia, la hermenéutica cuyo objetivo central es pensar el destino del sujeto a partir de la sospecha tendrá que revisar la cuestión del sentido en tres esferas: la historia, la moral y el sentido último.

La expresión *maestros de la sospecha* se ha emparentado con otros términos que también tienen una profunda significación filosófica, como, por ejemplo, el vocablo *deconstrucción*. Colocar bajo sospecha significa, en parte, *deconstruir*, es decir, demoler lo que estaba edificado: desmontar el discurso tradicional, pieza por pieza, para obligar, posteriormente, a elaborar uno nuevo. El término *deconstrucción*, empleado primero por los gramáticos, es utilizado especialmente por el filósofo francés Jacques Derrida. Se trata de una traducción interpretativa de los términos *Destruktion* y *Abbau* utilizados por Martin Heidegger en *Ser y tiempo* (1927), con los cuales el filósofo alemán se refiere a la empresa de deconstrucción de toda la historia de la ontología.

Lo que pretendemos en este breve texto es expresar algunas de las sospechas que formulan estos grandes maestros. No pretendemos agotarlas todas, ni tampoco responder a ellas totalmente. Tampoco intentamos presentar sintéticamente las claves de sus filosofías, sino recoger algunos de los interrogantes que nos han dejado para explorar el alcance de sus críticas. No querernos, por tanto, ser exhaustivos, pero sí deseamos seguir algunos de los hilos para ver hacia dónde nos conducen.

Tampoco forma parte de nuestro objetivo responder razonadamente a todas sus diatribas. Se trata, más bien, de detenerse en el *videtur quod*. No nos proponemos, en principio, articular el conocido *respondo dicendum quod*. Sin embargo, es de justicia identificar las hipérbolos y las lagunas de los maestros de la sospecha, sus imprecisiones y también, naturalmente, sus miopías y prejuicios.

No deberíamos sucumbir en una veneración idolátrica de estas figuras. En ocasiones, se los invoca como visionarios de lo absoluto, como auténticos profetas del futuro, y sus sospechas se convierten en dogmas de fe. No podemos perder de vista, como decía acertadamente Eusebi Colomer (1924-1997), que sus sospechas son sospechas y solo sospechas, y que no es correcto otorgarles un estatuto superior a lo que son,⁷ También es razonable que pongamos bajo sospecha sus mismas sospechas y que identifiquemos los excesos y las exageraciones de algunas de sus sentencias.

No podemos olvidar que los maestros de la sospecha no se refieren al hombre *in abstracto*, sino a cada uno de nosotros. La sospecha no cae en el terreno vacío de las ideas, sino que nos afecta totalmente. Por esto adquiere un tono trágico y sobrepasa la esfera intelectual, abriendo campos de exploración que no siempre nos atrevemos a visitar. Prestemos atención a las críticas de Marx, Nietzsche y Freud, y consideremos la verosimilitud de sus hipótesis antes de descalificarlos como heterodoxos⁸.

⁷ La gran obra de Eusebi Colomer es *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger*, 3 vol., Herder, Barcelona, 1986-1989.

⁸ Estamos convencidos de que la crítica de la conciencia religiosa que se ha desarrollado durante la segunda mitad del siglo xx no ha ido más lejos que la que han elaborado los maestros de la sospecha. Esto lo expresa también Santiago del Cura Elena en «A tiempo y a destiempo. Elogio del Dios (intempestivo)», *Burgense*, núm. 4312 (2002), p. 330-331.

II

LA FILOSOFÍA, PRÁCTICA DE LA SOSPECHA

SI CONTEMPLAMOS, con perspectiva de conjunto, la historia de la filosofía, observaremos que el ejercicio de la filosofía está estrechamente ligado a la práctica de la sospecha. Podríamos decir que le es consustancial. Sería una grave miopía histórica considerar que el trabajo de la sospecha tan solo es propio de la era contemporánea. Si hay algún rasgo que caracteriza al filósofo desde el inicio es su inquietud, su constante búsqueda de la verdad.

El escepticismo está en el corazón de la filosofía. En el sentido más genuino de la palabra, el escéptico es el que anhela la verdad: no le satisface recorrer los caminos trillados, sino que busca explicaciones a los fenómenos que parecen evidentes por sí mismos. No hay nada que le parezca obvio. La curiosidad le es intrínseca, así como cierta desconfianza hacia la tradición. Intenta dar razón de los hechos al buscar la relación entre causas y efectos; en definitiva, ejercitando el verbo que le es más propio: razonar.

Encontramos ejemplos paradigmáticos de la práctica de la sospecha en todo momento. Sócrates es el referente más claro dentro de la Grecia ática: su método mayéutico es, encubiertamente, un ejercicio de la sospecha. En el diálogo con sus interlocutores, el genio griego desmonta sus convicciones, les hace ver la inconsistencia intelectual de las tesis que defienden.

También es propio de los filósofos griegos sospechar del politeísmo y de las creencias y supersticiones de sus coetáneos. Sócrates es juzgado por un tribunal ateniense por la impiedad, entre otros delitos, y Aristóteles, en contraposición a toda la mitología griega, afirma en el libro XII de la *Metafísica* que, de hecho, solo hay un Dios y que este Dios es la Causa Primera, el Primer Motor Inmóvil y la Vida Plena. Los pensadores griegos sospechan de la religión popular griega -el paganismo-, y la acusan de antropomorfista y de pueril. Ninguno de los grandes pensadores griegos, ni Sócrates, ni Platón, ni Aristóteles, ni Plotino, se adscriben a la religión griega. Jenofonte es especialmente agudo en su crítica cuando afirma que los hombres caracterizamos a los dioses según nuestros atributos humanos. En definitiva, reduce la teología a pura antropología mucho antes que la sospecha feuerbachiana.

La sospecha filosófica no es bien recibida por los mandarines; tampoco, naturalmente, por el poder religioso. Los filósofos son objeto de desconfianza y recelo. Huelga decir que, al cuestionar las verdades sagradas, los pensadores también ponen en duda las relaciones tradicionales de poder y el juego de fuerzas que vertebran la sociedad.

Con el advenimiento de la Modernidad, la sospecha se radicaliza. Galileo Galilei

cuestiona los fundamentos de la física aristotélica, que nadie se había atrevido a poner en duda. Se sabe que, según la *Física* de Aristóteles, la Tierra es el centro del universo y es estática, mientras que todos los astros, incluido el Sol, dan vueltas a su alrededor tal como se deriva de la mera observación ocular. Galileo, a partir de sus propios razonamientos, cuestiona la comprensión geocéntrica y propone una visión heliocéntrica.

Esta sospecha no fue, como se sabe, bien recibida. No solo porque ponía en cuestión las palabras del *Magíster*, sino también porque entraba en conflicto con una interpretación literal del texto bíblico.

La sospecha de Galileo, sin embargo, se abrió camino a pesar de las dificultades y los padecimientos que este sufrió en vida y del juicio al que fue sometido. Bertolt Brecht lo inmortalizó en la conocida obra dramática titulada, precisamente, *Galileo Galilei*.

En esta retahíla de maestros de la sospecha no se puede olvidar la inmensa figura de René Descartes (1596-1650). El *Discurso del método* es, de hecho, un ejemplo paradigmático de la práctica de la sospecha. El padre de la filosofía moderna cuestiona todas las enseñanzas recibidas durante sus años de formación. También pone en duda los sentidos externos y busca una verdad indudable que pueda convertirse en el pilar de su sistema filosófico. Hay honestidad en esta búsqueda.

Descartes duda de todo lo que ha aprendido y de todo lo que percibe, y llega a la conclusión de que no puede dudar de que piensa o, para ser más exactos, de que hay una realidad pensante, una *res cogitans*. El *cogitare* exige una cosa que piensa, un *cogito*. Descartes dismantela, entonces, el realismo ingenuo, la creencia de que las cosas son tal como las percibimos. Introduce la sospecha sobre los sentidos y las verdades aprendidas en las instituciones educativas. Nos advierte de la distancia que puede haber entre el *en sí* de las cosas y las cosas tal como las percibimos.

Immanuel Kant (1724-1804) es uno de los espíritus más críticos que ha dado la historia del pensamiento occidental. En su primera *Crítica* (1781) cuestiona la capacidad de la razón (*Vernunftvermogen*) de conocer la realidad. La crítica de Kant no es, en ningún caso, una crítica de libros, ni de enseñanzas recibidas, ni de sistemas filosóficos vertebrados por sus predecesores. Es, ante todo, una crítica de la razón misma.

El filósofo de Königsberg se pregunta si tenemos la capacidad racional para responder, de una manera conclusiva, a las inevitables preguntas de la razón pura. La condición humana se ve enfrentada a grandes preguntas de orden metafísico porque el ser humano siente una disposición natural hacia la metafísica, pero esto no significa, en ningún caso, que pueda responder científicamente a las preguntas que él mismo formula: ¿Existe Dios? ¿Somos realmente libres? ¿Hay una vida eterna?

Kant nos muestra que el criticismo es inherente a la filosofía, que filosofar es

criticar, pero, sobre todo, someterse a sí mismo a la crítica. Inaugura un segundo momento de la Modernidad. Contrariamente a lo que se ha dicho de Kant, el autor de *la Crítica de la razón pura* (1781) no tiene como objetivo deconstruir la metafísica -ni negarle grandeza-, sino explorar su estatuto científico.

Entre los grandes hitos del pensamiento contemporáneo hay que situar la figura de Charles Darwin (1809-1882). Igual que Galileo, el autor de *La evolución de las especies* (1859) es un ejemplo paradigmático del trabajo de la sospecha. Sin pretenderlo, Darwin pone bajo sospecha la visión tradicional del hombre y del origen de la especie humana. Al considerar que el ser humano es el resultado evolutivo de un largo itinerario y que procede de especies inferiores a él, abre una nueva era en la reflexión antropológica, Y esta visión entra en conflicto con lo que, en palabras de Thomas S. Kuhn, se llamará *paradigma tradicional*.

Según la filosofía natural darwinista, la vida se va abriendo paso desde las formas más simples hasta las más complejas. El ser humano forma parte del conjunto de los seres vivos y es el resultado más excelso de todo ese proceso, pero no es cualitativamente diferente de los seres que lo han precedido, aunque, como consecuencia de su desarrollo, tiene ciertas facultades y es capaz de unas operaciones que lo hacen realmente singular en el conjunto del universo.

La visión de Darwin entrará en conflicto con la interpretación literal del Génesis. Pondrá entre las cuerdas la visión fijista de la realidad natural atribuida a san Agustín, según la cual no ha habido evolución de unas especies a las otras, sino que las entidades existen tal como Dios mismo las creó al principio de los tiempos. La sospecha darwinista exigirá a los teólogos un proceso de reinterpretación Y de reelaboración de sus preconcepciones sobre el hombre. La hipótesis darwinista, sin embargo, no legitima el ateísmo decimonónico, ni desmonta los argumentos del creacionismo, sino que exige una nueva reinterpretación de la historia bíblica y, en particular, del relato del origen (la protología).

La antropología filosófica posterior a Darwin cambiará de signo. Los grandes pensadores cristianos lo leerán y se verán obligados a repensar sus posiciones. Un ejemplo especialmente significativo de este trabajo de síntesis es la obra de Pierre Teilhard de Chardin. De una manera sugerente, poética y científica a la vez, el autor de *El fenómeno humano* intenta conciliar las aportaciones evolucionistas con las ideas tradicionales del creacionismo tal como se desprenden de la lectura del Génesis.

El padre de la fenomenología, Edmund Husserl, es un hito más en el ejercicio de la sospecha. Fiel lector de Descartes y Kant, Husserl buscaba para la filosofía un método riguroso y preciso que pudiera llegar a verdades ciertas e innegables como en las matemáticas. Matemático y filósofo de vocación, como también lo fueron Blaise Pascal y René Descartes, Husserl elabora un método que exige como paso necesario la *épokhé*, es decir, la puesta entre paréntesis de todas las preconcepciones o visiones preestablecidas del fenómeno que se pretende investigar.

Su obsesión, resumida en el conocido lema *Zur den Sachen selbst* ('Hacia las cosas mismas'), exige una catarsis de prejuicios y preconcepciones con el fin de vaciar la mente de todas las ideas y nociones adquiridas para acercarse con pureza a la verdad de las cosas. Esta metodología ha abierto muchos campos de investigación en el siglo xx, no solo en el ámbito antropológico, sino también en el de las ciencias de la religión. Podríamos, ciertamente, nombrar aún más referentes de la sospecha, pero no es nuestra voluntad ser exhaustivos en este punto. Simplemente queríamos mostrar, a través de esta breve pincelada, que la historia de la filosofía también es la historia de un conjunto de sospechas protagonizadas por mentes geniales que han trascendido la opinión común, la *doxa*, para acercarse al reino de la verdad, que es la meta final de la vocación filosófica.

A partir de los ejemplos mencionados, no hace falta insistir en la idea de que el maestro de la sospecha turba el espíritu, genera angustia. No se trata solo de un impacto de tipo intelectual, que se mueve en el terreno de la duda metódica, sino de una alteración que involucra la vida emocional, el *pathos*. Al sospechar de lo más elemental, el pensador se ve abocado a la nada y experimenta el *horror uacui*. Como consecuencia de ello, necesita consuelo, formas de aligerar la angustia y la sospecha. Le hace falta un bálsamo que lo conduzca a la anhelada serenidad.

Si la filosofía es, esencialmente, una práctica de la sospecha, entonces es, como dice Karl Jaspers, un viaje sin retorno. En efecto, cuando se impone la sospecha, se inicia un viaje que no se sabe con certeza ni cómo ni cuándo concluirá. De hecho, no sabemos cómo seremos al acabar el viaje, porque las propias convicciones que nos sostienen pueden disiparse a lo largo del trayecto.

José Ortega y Gasset distinguía con nitidez entre ciencia y filosofía. La filosofía - decía socarronamente en *Unas lecciones de metafísica*- no es una ciencia, sino más bien una indecencia, porque su finalidad es desnudar la realidad, mostrarla tal como es, y eso solo es posible si se ponen en duda los esquemas y las preconcepciones habituales sobre esa realidad. Este ejercicio, sin embargo, no es estéril, sino todo lo contrario. Al cuestionar lo que nunca se ha cuestionado, el espíritu asciende a cotas que nunca había conocido y, desde ahí, adquiere mayor perspectiva, se hace más sabio, más tolerante, más capaz de comprender y, sobre todo, mucho más humilde.